

Y al decir esto me entregó la copia del pacto de sangre firmado en el Monte Grullo, que en su misma presencia hice pedazos. El hecho de entregarme la autorización a otro que también la había firmado como antes otros bajo la dirección personal del general Juan Rojas.

El no me dijo nada, pero yo no podía conciliar esto con la orden que dió a Rojas para que el general Antonio Neri fuera juzgado como sospechoso del delito de traición, porque esto equivalía a dejar de antemano firmada una sentencia de muerte.

Hay que tener presente, sin embargo, que existían serias prevenciones entre la mayor parte de los jefes contra este general.

CAPITULO IX.

Uruga y que pocas horas antes había recibido de su mano el nombramiento de gobernador de Jalisco, lo cual hacía suponer que debería ser el jefe de las tropas.

EL PROCESO DE NERI.

Marchamos para la ciudad de Autlan todos reunidos. A los dos días de llegados a Autlan Rojas me dijo:

Habíamos andado poco trecho cuando el general Herrera y Cairo me buscó para despedirse.

—Yo parto para Tecolotlan, me dijo, con el fin de organizar mi fuerza y establecer algun aparato de gobierno.

Aprobé su determinacion y rehusé acompañarle como deseaba, haciéndole ver que desempeñaba en el gobierno de Colima el puesto que me ofrecia.

—Tiene vd. razon, me contestó. Ahora solo me resta depositar en poder de vd. esta copia para que haga de ella el uso que quiera.

—Ahora por su parte luego que hubo terminado lo y sus genes... Ya termino mas tarde... Me lancé una mirada sinicista y se separó de allí poniendo su caballo al galope.

Y al decir esto me entregó la copia del pacto de sangre firmado en el Zacate Grullo, que en su misma presencia hice pedazos. El hecho de entregármelo me autorizaba á creer que tambien lo habia firmado como tantos otros bajo la detestable presion del general Antonio Rojas.

El no me dijo nada, pero yo no podia conciliar esto con la órden que dejó á Rojas para que el general Antonio Neri fuera juzgado como sospechoso del delito de traicion, porque esto equivalia á dejar de antemano firmada una sentencia de muerte.

Hay que tener presente, sin embargo, que existian sérias prevenciones entre la mayor parte de los jefes contra este general que habia sido grande amigo de Uraga y que pocos meses atras habia recibido de sus manos el nombramiento de gobernador de Jalisco, lo cual hacia suponer que depositaba en él su más absoluta confianza. Algunos se avanzaban á asegurar que existian aún entre ambos connivencias.

A los dos dias de llegados á Autlan, Rojas habia amanecido de un humor negro y mandó que se instruyera en el acto la causa para que en la tarde tuviera lugar el consejo de guerra que él mismo iba á presidir.

Ahora me extraña que hubiera recurrido en esa vez á formalidades tan contrarias á su carácter.

Habíamos tenido ya tiempo de hablar y de reconciliarnos, al punto de no consentir que comiera en otra parte mas que en su mesa.

En el dia á que me refiero, estábamos comiendo

cuando le dieron parte de que tres de los suyos habian sido aprehendidos robando.

—Que los fusilen, dijo con voz de enojo á la vez que se le marcaban las ojeras negras, que eran la señal infalible de sus sangrientas inspiraciones, y que esto se haga al momento mismo, agregó, junto á la tapia que está al frente.

Aquellos infelices fueron ejecutados allí, á nuestra vista, sin impedir tal espectáculo que Rojas continuara comiendo tranquilamente. Al levantarse de la mesa dijo que iba á dormir un poco y que en seguida iria á la casa municipal á presidir el consejo de guerra en que se habia de decidir sobre la suerte del general Neri.

¡Bajo que terribles auspicios, pues, iba á ser juzgado aquel hombre!

El consejo de guerra se reunió á eso de las tres de la tarde compuesto de su presidente general Antonio Rojas y de seis vocales, de los cuales dos pertenecian á la Brigada de éste y cuatro á la de D. Julio García, todos coroneles.

Jamas tribunal alguno se ha erigido más dispuesto á condenar á un hombre con la última pena, pues no habia quien no tuviera la creencia de que el general Neri era culpable, ni quien no lo contara en el número de los difuntos.

Por fortuna suya, el coronel Francisco Rodriguez, un poco versado en procedimientos militares, dijo que hacia falta allí un asesor.

No habia por todo aquello más letrado que yo y fui llamado á desempeñar tal encargo.

Se dió lectura á una especie de proceso acabado de forjar, que más bien parecia pedimento fiscal en el cual se hacian al general Neri los cargos, en aquel momento terribles, abrumadores, de que habia mandado á Zapotlan á un ayudante suyo llamado Joaquin Gonzalez, el cual habia llevado encargo de solicitarle un indulto y conseguirle una colocacion en el imperio. Se reagrababa la acusacion diciéndose: que Joaquin Gonzalez habia vuelto con una combinacion para hacer entrega al enemigo en una oportunidad que vendria, de las fuerzas republicanas.

Por cierto que tan atroz delito, no podia, no debia castigarse sino con la muerte; pero yo conocia un poco á Neri y mi conciencia se negaba tenazmente á hacerme solidario de aquellas suposiciones. Me hacia fuerza la consideracion de que habiendo dos culpables solo contra uno se procediera en forma, y estaba viendo que hasta allí el procedimiento se basaba en un hecho al cual se habia procurado rodear de vagas sospechas.

El general Neri era un valiente, bastantes pruebas dió de ello en su brillante carrera militar, pero al comparecer ante aquel consejo de guerra, se puso lívido. Demasiado vió escrita su sentencia de muerte en la mirada torva del Presidente de los debates, como se diria ahora, en el tono seco con que aquel le dirigió la palabra y en el aspecto frio de todos sus jueces. Solo yo fui quien logró darle algun aliento, excitándole á que hablara con toda franqueza.

Probablemente vislumbró un rayo aunque muy lejano de esperanza, porque rindió su declaracion puntualizando con cuidado los hechos. En seguida declaró

el que era tenido por instrumento de un crimen abominable: el ayudante Joaquin Gonzalez.

Neri no tenia defensor, ni se habia pensado siquiera en cubrir aquélla otra fórmula, y allí quedó concluida la causa.

Se mandó que los presos volvieran á sus calabozos respectivos, mientras el consejo pronunciaba la sentencia.

Rojas habló el primero y dijo sin preámbulos:

—No hay ni que pensarlo mucho: ese traidor debe morir.

Algunos hubo que por decir algo dijeron que se le castigara, poniéndolo de último soldado, pero todos los demas parecian estar de acuerdo con la primera proposicion. Con otra indicacion cualquiera de Rojas, Neri estaba perdido, así es que me apresuré á hacer el esfuerzo único que me era permitido en aquel momento para salvarle, el de la palabra.

—"Señores, les dije tomando el informe proceso en la mano, yo no tengo aquí más mision que prestar al debate el contingente de mis humildes conocimientos jurídicos, así es, que me permitirán manifestarles con toda franqueza lo que en mi concepto debe hacerse si se ha de obrar ajustando los procedimientos á la justicia. Hasta ahora los juicios emitidos son enteramente extraviados. Cuando se aplica una pena á un hombre, cualquiera que sea, es porque hay pruebas evidentes de que ha cometido un delito, ¿y cuáles son las pruebas que existen contra el general Neri? Se le acusa de traicion, está bien, de traicion á la patria, que es el más negro de los crímenes; pero ¿cuál es el dato

en que se apoya esa terrible acusacion? Una simple nota del gobernador de Jalisco, en que dice que abriga sospechas de que el general Neri se ha puesto en inteligencias con los imperialistas de la plaza de Zapotlan. ¿En qué se fundan esas sospechas? La misma nota lo dice: en que Neri permitió á su ayudante Joaquin Gonzalez, á su paso cerca de Zapotlan, que entrara á aquella poblacion ocupada por el enemigo. Ya ha declarado el ayudante de Neri que no estuvo allí mas que unas cuantas horas de la noche en el seno de su familia que fué arrastrado allí por la pasion que profesa á su jóven esposa

Señores: ponga cada uno de vdes. la mano en su corazon y este les contestará que no hay méritos bastantes para que el general Neri sea condenado. Es necesrio que pese tambien en la conciencia de vdes. este dato: el gobernador de Jalisco y el acusado tienen de tiempo atras enemistades personales que todos sabemos, ¿no es posible que aquel haya visto las cosas más grandes, preocupado como está por los resentimientos? Pero nosotros no tenemos ningunos y podemos formarnos un juicio imparcial. No creo que hay pretexto siquiera para privar de la vida á ese hombre: si tal hiciéramos nuestros mismos amigos al conocer nuestra obra tendrían razon para decir que no formábamos aquí una reunion de patriotas, sino una cuadrilla de asesinos.

Neri es inocente, señores, y debe ser proclamado así mientras que no se nos demuestre lo contrario. Esta es la ley general, estas son las prácticas de la justicia en todo el mundo. Si se quiere que muera,

mátese en buena hora por medio de una orden militar; pero que no se le forme un consejo de guerra, que no se nos haga cómplices á nosotros, hombres de honor, de un asesinato."

Analiqué la causa al revés y al derecho, demostrando hasta la evidencia que era absurdo aplicar la pena de muerte á un hombre, con aquellas pruebas. Estaba probado que Joaquin Gonzalez habia pasado unas cuantas horas de la noche dentro de la plaza de Zapotlan; pero no habia el menor indicio de que hubiera ido á ponerse de acuerdo con los imperialistas.

Yo no sé de donde saqué tan oportunamente esos y otros razonamientos dichos en un lenguaje tan claro y tan preciso que todos lo entendieron: la voz general y los resultados vinieron á demostrarme que tales y cuales circunstancias, que tales y cuales esfuerzos pueden hacer á un hombre elocuente. La situacion comprometida en que me encontraba pugnando siempre con los juicios de Rojas, que eran los que se obedecian allí por temor, el deseo de salvar la vida de un hombre, me hicieron sacar fuerzas de mi propia flaqueza y estar superior á mí mismo.

Parece que en esta vez aun el general Antonio Rojas se mostró satisfecho de mi peroracion, porque exclamó despues que los vocales hubieron dado su voto absolutorio:

—Yo tambien lo absuelvo, aunque no me entra para nada el tal Neri; pero ¿qué se puede hacer cuando mete la mano este licenciadito?

Y Neri quedó absuelto con gran sorpresa de todos

aquellos que lo contaban ya en el número de los muertos.

Por la noche me buscó aquel para darme las gracias y me abrazó derramando lágrimas de gratitud: sabia ya que el asesor habia arrostrado con la cólera de Rojas por tal de salvar á un hombre á quien apenas conocia.

—De hoy en más, me dijo con tono solemne, soy el má leal amigo de vd. y vd. dispone de mi vida.

—Gracias, general, le contesté, y nos separamos despues de habernos hecho todas las protestas del caso.

informes respecto del enemigo. Sabiamos que Sayula tenia una guarnicion de tropas francesas, pero igno- ramos el número. De todas maneras, Sayula se en- contraba á diez leguas de distancia y era muy difícil que el enemigo nos sorprendiera tanto por lo escaso de las tropas, como porque tenia que subir una em- puyada cuesta, como tambien porque el grueso de nuestras fuerzas era muy respetable.

CAPITULO X.

OTRA NOCHE TRISTE.

Despues de unos cuantos dias de permanencia en Autlan, en que nuestras tropas descansaron un poco de las fatigas anteriores y se municionaron de la mejor manera posible, nos pusimos en marcha con objeto de abrir una campaña sobre Zapotlan, Sayula y demas plazas ocupadas por el enemigo, deteniéndonos al fin á una media legua del pintoresco pueblo de San Gabriel.

Formamos allí una pequeña caravana de oficiales y nos dirigimos á la poblacion, con el fin de proveernos de algunas cosas indispensables y de tomar algunos